



Viviendas en Caracas, Venezuela, vistas desde arriba. Foto de la periodista y fotógrafa venezolana Andreina Mujica, @andreinamujica

Una Vida Venezolana

La evolución del periodismo bajo Chávez

Por Milagros Socorro

— ¡Claro!

Soy Bertha Mason. Pero, quién es Bertha Mason, me pregunté. Ambas, afirmación e interrogante, me habían venido a la mente nada más despertar, una helada mañana de cuarentena, en Aarhus, Dinamarca.

La repentina certeza de ser “Bertha Mason” me había llegado con la última remecida del mar del sueño. Una ola lenta y resbaladiza, como hecha de clara de huevo, que antes de replegarse me había traído aquella convicción, absurda como el sonajero de plata dejado en la playa entre las tablas del naufragio. Ya despierta, me sobrevino el desconcierto: quién es que era Bertha Mason...

Hacia el final del café, como quien lee restos adivinatorios, caí en la cuenta: ¡la loca del ático! Bertha Mason era la primera esposa del señor Rochester, en *Jane Eyre*, la novela de Charlotte Brontë, publicada en 1847, libro que me marcó cuando lo leí por primera vez, a mis doce años.

Conque Bertha Mason... Aquí... Es decir, buscando refugio de Venezuela en Escandinavia, donde de pronto ha empezado a amanecer antes de las cinco de la mañana, (siendo que hasta hace poco vivíamos en el imperio de la noche, que se cernía a las cinco de la tarde y remoloneaba hasta entrada la mañana). En este país, cuya lengua endemoniada temo no aprender jamás y donde la gente habla de las autoridades con una confianza que al principio confundí con un chiste, yo soy Bertha Mason. Cuando abrí el grifo para dejar correr el agua sobre la taza ya sabía que mi imaginación me había propuesto ese acertijo no para invitarme a explorar mi posible locura ni algún deseo soterrado de convertirme en exesposa... Yo soy Bertha Mason, porque soy extranjera. Más específicamente, caribeña, como ella.

Yo no me convertí en Bertha Mason en mi refugio danés, que no ha podido ser más confortable y sólido. El personaje literario vino a mi mente al despertar una mañana aquí y me ayudó a conectarme con mi realidad. En realidad

yo ya era Bertha Mason antes de la cuarentena y antes, incluso, de salir de mi país.

Aquí puedo reconocerme Bertha Mason. Puedo ver, con claridad y hasta con buen humor, que en Venezuela una parte de mí enloqueció (o, por lo menos, fue etiquetada como loca), fue aislada en una categoría social, fue señalada como inestable y, por ende, peligrosa.

Y soy Bertha Mason porque soy periodista venezolana, formada en la tradición democrática de mi país, que le imponía a mi oficio, entre otros aspectos, el de escrutar el poder, contestarlo, ser su contrapeso cuando las instituciones dejaban de serlo.

Reconociendo la verdad

Casi 120 años después de la publicación de *Jane Eyre*, la novelista Jean Rhys, nacida en Dominica, tomó el personaje de la loca del desván y le creó una historia, unos antecedentes; en suma, una humanidad. Nos enteramos de muchas verdades cuando Jean Rhys finalmente le dio voz a la loca del desván: que su nombre real era Antoinette Cosway, no Bertha Mason; y que su locura e inestabilidad habían sido causadas por el abuso, la manipulación y el hecho de que su casa fuera destruida en un incendio y no, como nos habían hecho creer en un principio, por algún tipo de herencia genética.

Los periodistas venezolanos, sobre todo los mayores, los que ya estábamos en el ejercicio cuando Hugo Chávez llegó al poder, fuimos testigos de la sistemática, progresiva y minuciosa demolición de nuestro país, lanzado a las llamas por un régimen que accedió al poder gracias al andamiaje democrático. Chávez llegó a la presidencia de Venezuela para aniquilar todo lo que había, en el



Periodistas venezolanos protestan contra el gobierno del presidente Hugo Chávez semanas antes de su reelección en mayo de 2000. Los periodistas marcharon por la capital de Caracas acusando al gobierno de presionar a los medios de comunicación. (Reuters/Kimberly White)

supuesto proyecto de erigir una utopía sobre la tierra arrasada. Lo dijo. En términos ni siquiera muy diferentes. Los periodistas lo documentamos; los columnistas lo analizamos e intentamos desmontar el discurso para evidenciar su perversidad; los narradores lo expusimos ya en forma de metáfora, ya con imágenes descarnadas. Siempre lo supimos. Con total claridad. Ningún periodista venezolano puede decir que fue engañado, que algunas consignas lo confundieron o que algún gesto del caudillo lo movió a quimeras.

La aniquilación fue reportada como noticia, advertida como crónica, denunciada como artículo, demostrada con las cifras aportadas por los especialistas, divulgada con los testimonios de las víctimas. Pero, al mismo tiempo, las fuentes oficiales pasan de opacas a impenetrables y, de ahí, a francamente mentirosas, propagandísticas; los medios de comunicación empiezan a autocensurarse y, los que no, a disminuir sus páginas hasta cerrar. O ser cerrados por el régimen.

Para ese momento, todo había cambiado de nombre en Venezuela, empezando por el propio país. El teniente coronel Hugo Chávez llegó al poder a comienzos de 1999 y, en noviembre de ese año, la Asamblea Nacional Constituyente, que Chávez manejaba a su antojo, aprobó rebautizarlo como “República Bolivariana de Venezuela”;

un canje que inevitablemente evocaba denominaciones como “república islámica” o república socialista soviética”... Cuando te conmutan el nombre no es, eso seguro, para que parezcas más a ti mismo. Muy pronto tendríamos constancia de esto.

El colapso de lo establecido

En 2001, Chávez advirtió que entre la prensa y el poder había “un histórico choque de fuerzas”. El comentario era una amenaza. Contra los medios se desencadenó una persecución, que incluyó prisión a periodistas y editores, clausura de unos medios y compra de otros por empresarios ligados al chavismo, que convirtieron los diarios y televisoras recién adquiridos en transmisores de propaganda.

La profesión periodística sufre, entonces, otra contracción, la de la calidad de los empleos. Con excepción de algunas figuras de la radio y la televisión, cuyos ingresos, en algunos casos cuantiosos, provenían más de la publicidad que del trabajo periodístico propiamente dicho, esta profesión ha sido tradicionalmente mal pagada en Venezuela. La progresión generalizada era empezar como reportero “de calle”, como llamamos allí a los periodistas que buscan noticias para los medios de emisión diaria, ya sea periódicos o noticieros radiales y televisivos; antes de cumplir una década en estas lides, aceptar

un puesto directivo dentro de la redacción y, no mucho después, alejarse de este ámbito rumbo a las comunicaciones corporativas, en procura de un marco laboral de mayor seguridad y mejores retribuciones salariales. Esto no tardaría en saltar por los aires también. Con alguna rara excepción, los departamentos de comunicaciones de bancos y grandes empresas dejaron de ser atractivos para periodistas que renunciaban a la faena reporteril en aras de sueldos de adultos, bonos de fin de año y ayudas para adquisición de vivienda.

Luego sobrevino el remezón mayor. Los grandes medios tradicionales se desplomaron, quebrados por la falta de publicidad; desdibujados por el exceso de previsiones para no sobrepasar los márgenes impuestos por la dictadura; desvinculados de la audiencia, que se fue volviendo más y más incrédula, entre otras cosas porque el pacto de credibilidad se resquebrajó con un crujido estentóreo debido a la polarización (con amargura comprenderíamos que, en entornos autoritarios, la verdad deja de ser lo contrario de la mentira para serlo de la polarización); y, claro, llegó un momento en que los periódicos y revistas no tenían papel ni tinta que echarles a las rotativas.

Los periodistas nos convertimos en *mata-tigres*, (expresión que entiendo que viene de la jerga de los músicos, quienes redondean sus ingresos tocando en eventos distintos a aquellos a los que se deben por contrato, y van, entonces, a amenizar fiestas, bodas, bar mitzvá...). Para completar un sueldo que nos permitiera cubrir nuestros gastos, nos dimos a trabajar en cuatro y más lugares a la vez. Hubo quien hiciera tesis de grado para descarados con un excedente que invertir en ello, hicimos informes para empresas (las mismas que se habían visto

obligadas a dismantelar sus departamentos de Asuntos Públicos), escribimos íntegramente revistas para consultorios médicos y nos ofrecimos como representantes locales para medios extranjeros que encontraron ingente talento por muy poco dinero. Yo misma hice tantas cosas que, cuando presenté un CV, en México, a un eventual empleador, me preguntó con aire incrédulo cuántas vidas había vivido yo para ser periodista, novelista, autora de libros para niños, libretista de televisión, editora, *ghost writer*, profesora de Escritura Creativa, traductora, entrevistadora de radio...

—Una. Pero, claro, una vida venezolana.

El “otro”

Los periodistas venezolanos nos hemos fogueado en la lidia con varios adversarios a la vez: censura, persecución oficial, depauperación de nuestros empleos, hiperinflación, ausencia de seguridad social, pésima internet, cierre de fuentes oficiales.

Muchos no vieron más salida que el exilio. Y algunos optaron por el emprendimiento. Crearon medios *on line* que se han convertido en referencia informativa por su seriedad y credibilidad. Incluso, hay uno *off line*, Bus TV, basado en una idea tan sencilla que hay que explicarla: los periodistas abordan un autobús, del transporte público, y mientras uno de ellos sostiene un marco de cartón, otro se asoma al cuadrado, sí, como si fuera una pantalla de televisión y lee las noticias, que han sido investigadas y escritas según el criterio editorial de este medio, de acento comunitario. Para mantenerse y sobrevivir han establecido alianzas, porque, como dice Laura Helena Castillo, directora de Bus TV, “andando solos, nos aplastan”.



El presidente venezolano Hugo Chávez (saludando) sale del Teatro Municipal de Caracas, mayo de 2002. Foto de @andreinamujica



Foto de la autora, Milagros Socorro (izquierda), por @andreinamujica. Recuadro: Socorro habla sobre los desafíos que enfrentan los periodistas de Venezuela en el Foro de la Sociedad Civil de América Latina y el Caribe para la Prevención de la Violencia Masiva durante un taller en abril de 2019 en Cúcuta, Colombia, coorganizado por el Stanley Center.

Por mi parte, acepté el refugio temporal que me ofreció esta generosa ciudad, donde he descubierto lo que es vivir sin miedo y, por cierto, despertar con ideas peregrinas, favorecidas quizá por noches sin sobresaltos.

Las limitaciones, desde luego, han dejado amplias capas de la población venezolana desprovistas de información. Hay zonas donde solo llega la propaganda oficial. Pero el balance apunta a que el periodismo venezolano se ha fortalecido; prueba de ello son los premios internacionales que, contra los vientos más bravos, han cosechado en abundancia.

Y, mientras, los voceros de la dictadura, así como el ejército de *trolls* a su servicio, no han dejado de hostigar, amenazar, golpear periodistas, robarles sus teléfonos celulares y equipos profesionales. Todo esto ha ido en escalada. Por mi parte, casi desde el primer día fui objeto de la ira del chavismo, que, por lo menos en sus albores, se mostraba más feroz con las mujeres. Con las mujeres disidentes. Para Chávez y sus seguidores, debíamos tener una seria inestabilidad psicológica para ser tan reticentes a adorarlo. Con gran presteza, el chavismo nos construyó como unas locas. Locas y apátridas, calificativo que el chavismo endilgó a la oposición, y que Chávez se cansó de repetir.

El país había sido arrasado en lo físico y acorralada nuestra aspiración de avanzar en la democracia y completar el proyecto de modernidad largamente anhelado. En el

designio autoritario, como en la Inglaterra colonial de la ficción, el otro debe ser confinado y enmudecido. Lo que dice no tiene sentido. No son alegatos, son aullidos. Y si, además, es mujer y se atreve a enfrentar al líder máximo, no puede ser sino una loca.



Milagros Socorro es una reconocida periodista, escritora y profesora universitaria venezolana. Es la ganadora del Premio Nacional de Periodismo Venezolano de 1999. En 2018, recibió el Premio Internacional Oxfam Novib/PEN por la Libertad de Expresión dado a escritores dedicados a promover la libertad de expresión en contextos de persecución.

La actual crisis humanitaria, política y económica de Venezuela ha aumentado la incidencia de la violencia, la grave escasez de alimentos y bienes esenciales y la violación de los derechos humanos, incluido el derecho a la información proporcionada por una prensa libre e independiente. Como parte de nuestro compromiso de fomentar la colaboración regional en temas críticos, el centro trabaja con la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES) para convocar el Foro de la Sociedad Civil de América Latina y el Caribe para la Prevención de la Violencia Masiva. Los testimonios de primera mano de la autora sobre los desafíos que enfrentan los periodistas venezolanos sirvieron de base para el taller del foro de abril de 2019 en Cúcuta (Colombia), ciudad fronteriza con Venezuela y epicentro de la crisis migratoria.